

Luis Paulino Vargas Solís

¿Hacia un capitalismo rentificado y patrimonializado? A propósito del libro “El capital en el siglo XXI” de Thomas Piketty

Resumen: “El capital en el siglo XXI”, obra del economista francés Thomas Piketty, presenta una amplia investigación sobre el tema de la desigualdad, centrada fundamentalmente en los países ricos del capitalismo contemporáneo, pero con una rica sustentación histórica que proporciona datos empíricos que, para algunos países, se remontan varios siglos atrás. Es un trabajo cuya fundamentación teórica es cuestionable, porque maneja un concepto de capital elaborado de modo desprolijo y porque se sustenta en ciertas “leyes” que, en realidad, son más bien simples relaciones contables cuando no meras tautologías. Sin embargo, la información empírica que se aporta es muy rica, ha sido trabajada con cuidado y rigor y ha alimentado un debate mundial de la mayor relevancia. Asimismo el libro sugiere tendencias de desarrollo en el capitalismo, que el autor a veces pasa por alto o apenas analiza, y las cuales, sin embargo, abren interesantes vías para nuevas investigaciones potencialmente muy valiosas.

Summary: “Capital in the twenty-first century” is a book whose author is the French economist Thomas Piketty. It offers a wide research on the issue of inequality, mostly in the richest countries of contemporaneous capitalism. This work is based on very rich historical and empirical information, which in case of some countries, has extended within several centuries. From a theoretical point of view, this work has several problems, not just because its concept of capital is unsatisfactory, but because it formulates some “laws of capitalism”, that in fact are no more than countable relations or mere tautologies. But, in any case, Piketty gathers a lot of very useful empirical information, which is elaborated with care and rigor, and has fed a very important debate all over the world as well. At the same time, this book suggests some tendencies of the developing of the capitalism, and even thought the author doesn’t analyze them, or just try them in a superficial way, all of that generates new and very interesting possibilities for future research.



Luis Paulino
Vargas Solís

Economista y Máster en relaciones internacionales. Doctor en gobierno y políticas públicas. Catedrático Universitario. Actualmente es Director a.i. del Centro de Investigación en Cultura y Desarrollo (CICDE) de la Vicerrectoría de Investigación de la Universidad Estatal a Distancia (UNED). Ganador del Premio Nacional Aquileo Echeverría 2011 por su libro “La llave y el candado. Realidad e ideología de la propiedad intelectual” (Editorial UNED, 2010). Correo electrónico: lpvaso@gmail.com

¿Hacia un capitalismo rentificado y patrimonializado? A propósito del libro “El capital en el siglo XXI” de Thomas Piketty

“Moreover, the production function has been a powerful instrument of mis-education. The student of economic theory is taught to write $O = f(L, C)$ where L is a quantity of labour, C a quantity of capital and O a rate of output of commodities. He is instructed to assume all workers alike, and to measure L in man-hours of labour; he is told something about the index-number problem involved in choosing a unit of output ; and then he is hurried on to the next question, in the hope that he will forget to ask in what units C is measured. Before ever he does ask, he has become a professor, and so sloppy habits of thought are handed on from one generation to the next.”

Joan Robinson, 1953

La obra de Piketty “El capital en el siglo XXI” (México: Fondo de Cultura Económica 2014) es un libro de enormes dimensiones (cerca de las 700 páginas en su edición en español), que ha logrado lo que muy pocos libros sobre economía: convertirse en *best seller* y dar lugar a un acalorado debate mundial sobre el tema de la desigualdad. Es una obra meritoria en muchos sentidos que, sin embargo, tiene también sus facetas débiles y cuestionables. Habiendo sido objeto de análisis y discusión en muchos idiomas y en los foros y contextos más diversos, este artículo que aquí presento tan solo intenta llamar la atención sobre algunos detalles que, quizá, han recibido poca atención, y los cuales se desprenden de este trabajo, incluso siendo a veces cuestiones que escapan a lo que parecen haber sido los objetivos explícitos del propio Piketty. Acaso él no estaría de acuerdo con tales conclusiones, y hasta podrían no gustarle y, sin embargo, son derivaciones plausibles que surgen del planteamiento y análisis que desarrolla.

Los aportes más positivos

El libro de Piketty tiene, sin duda, aspectos sumamente valiosos, tanto en términos de sus contenidos e intencionalidad, como por sus impactos sociales y políticos.

Primero, Piketty trae a la luz y pone en el centro del debate el tema de la desigualdad, en una época donde el capitalismo ha evolucionado hacia una profundización abismal de las diferencias entre un pequeño grupo excesivamente rico y el resto de la sociedad, todo lo cual ha sido justificado desde una filosofía presuntamente meritocrática, que exalta la competencia como si fuese un valor apreciable por sí mismo. Desde ahí se alimenta la idea de que los muy ricos lo son como premio a su arrojo para asumir riesgos y por su capacidad para la innovación y el trabajo tenaz. Esa hipótesis podría tener alguna dosis de verdad, y acaso esa sea una de las fuerzas revolucionarias del capitalismo que en su momento Marx aplaudió. Sin embargo, la atribución a esta construcción ideológica de una validez generalizada, siendo altamente improbable, es efectivamente confrontada y cuestionada a fondo por parte de Piketty, como igualmente su trabajo obliga a reflexionar acerca de si realmente basta –como los apologetas del sistema quisieran– con crecer y aumentar la riqueza, aún si esta se distribuye de forma cada vez más inequitativa, ya que, de cualquier forma, y según su planteamiento, incluso los más pobres saldrían entonces beneficiados. El caso es que, hasta en el mejor de los casos, los abismos sociales abiertos, y los excesos ofensivos de riqueza, tienen un efecto disolvente sobre los lazos de la convivencia social y un terrible poder de subversión que debilita las democracias. Sobre ello advierte Piketty y los datos que aporta lo respaldan de forma brillante y elocuente. Ciertamente el mundo se vuelve inhóspito cuando la desigualdad excede ciertos límites, pero no tan solo por ese poder disruptivo que ello conlleva, sino porque el ahondamiento de los abismos sociales comporta un fallo ético y humano sustantivo. Miserable es la sociedad donde tal cosa ocurre y, por ello mismo, turbio e incierto se vuelve su futuro.

Segundo, Piketty se desmarca, muy claramente, de la visión reduccionista que imagina la economía como una ciencia que existe al margen de las otras ciencias sociales, para la cual el hecho económico sería entonces un universo autocontenido, por completo ajeno de la sociedad en general, su cultura y su historia. Para este autor las ciencias sociales se mueven sobre un terreno compartido e indivisible, en el cual se hace imposible trazar líneas divisorias. Este es un elemento, de significativa importancia, que pone en cuestión ciertas críticas, más bien simplistas y maniqueas, que descalifican a Piketty como un economista neoclásico más dentro del ejército de economistas convencionales del *mainstream* económico. Es ciertamente más que eso, y su esfuerzo por dialogar con la historia, como también la claridad con que asume la necesidad de una relación de complementación y mutua polinización entre la economía y las otras ciencias sociales, así lo atestiguan. Resulta particularmente claro su posicionamiento crítico frente a una tendencia central en la economía ortodoxa: las teorizaciones abstractas y altamente matematizadas, carentes de todo contenido de realidad e, incluso, de toda relevancia y significado económico. Si Schumpeter admiraba y promovía ese tipo de formulaciones teóricas abstractas –hasta llegar incluso a hablar de una “econo-

mía exacta"- Piketty, muy por el contrario, denuncia esa pretensión como una ambición a la vez ilusa y castrante.

Al combatir tales formalizaciones matemáticas abstractas, Piketty busca apoyarse en la evidencia empírica e histórica, y lo hace con extraordinaria riqueza y especial rigor y cuidado. Hay algunos casos nacionales que son estudiados con notable amplitud, principalmente Francia y Reino Unido; secundariamente Estados Unidos y Alemania. También Australia, Canadá, Japón, Suecia, la Europa continental en su conjunto. Así como algunos de los países que Piketty llama "emergentes": India, Indonesia, China, Sudáfrica, Argentina, Colombia. Sigue siendo, como es evidente, una visión predominantemente euro-céntrica y occidentalizada, en la cual queda escaso lugar para el sur y para oriente. Y aunque ello constituye una limitación, ésta resulta sin embargo comprensible. En primer lugar, es cierto que Piketty es europeo y escribe como tal; o sea, es un hombre y un científico que mira el mundo desde Europa Occidental. Pero, en fin, ese es un problema común a todos y todas quienes hacemos ciencia social, desde siempre condenados a una mirada que nace desde nuestro peculiar lugar socio-histórico. Corresponde a quienes leamos a Piketty, el cobrar conciencia de tal condicionamiento y desde ahí enriquecer la interpretación que hagamos y el provecho que eventualmente obtengamos de la investigación que se nos ofrece. Cuando, por otra parte, es seguramente cierto que en el mundo no rico o no occidental no existe, en general, la misma riqueza de fuentes a las cuales recurrir para desarrollar una investigación con similares características y alcances. De modo que, más allá del *locus de enunciación* o de las taras epistemológicas que cada quien cargue consigo, hay limitaciones objetivas que dificultan poder realizar una indagación comparable en los países del sur.

Por otra parte, resulta a la vez desafiante y sugerente la visión de muy largo plazo que Piketty desarrolla en su libro, algo que recuerda a Braudel entre los historiadores y a Wallerstein entre los sociólogos. Piketty navega así sobre movimientos económicos que se prolongan a lo largo de varias generaciones e incluso varios siglos. Esto es provocativo desde un punto de vista: nos advierte acerca de los grandes procesos y fuerzas que se mueven en el muy largo plazo, influyendo y modelando, a menudo de modo imperceptible, el devenir de las comunidades humanas y la vida de la gente. Mirar y comprender estos grandes procesos puede incluso ser una buena vacuna contra dogmatismos y redentorismos que imaginan que es posible provocar rupturas cataclísmicas a partir de las cuales hacer emerger mundos completamente nuevos. La mirada al muy largo plazo nos permite advertir que los grandes cambios tienden a ser, sobre todo, procesos que se prolongan a lo largo de períodos muy extendidos, a menudo jalonados por acontecimientos traumáticos y violentos estremecimientos, pero de una forma tal que incluso esos mega sistemas históricos, no obstante dejar una impronta que perdura largamente, al cabo se hacen parte de procesos de mucho mayor alcance. Sobre todo es claro que no es posible hacer tabula rasa de la historia y del pasado, de forma tal que ninguna sociedad se transforma de golpe, como si repentinamen-

te lograra borrar toda su historia, para entonces, y desde las cenizas, nacer como un mundo completamente nuevo. En realidad, las sociedades nunca dejan de ser lo que alguna vez fueron, o, en todo caso, si logran efectivamente desprenderse de ese pasado remoto, solo lo logran como resultado de evoluciones lentas, prolongadas y complejas. Y, sin embargo, y pensando en esos larguísimos períodos sobre los que Piketty nos provoca reflexionar, es imposible no recordar, como decía Keynes, que “en el largo plazo todos (y todas) estamos muertos”. Y en el muy largo plazo de Piketty, todavía más: incluso los tataranietos habrán muerto. Vale decir: la vida concreta de las personas se resuelve en una cotidianidad que, día a día, actualiza el reclamo por una vida digna. He ahí -vuelvo a Keynes- la dimensión central de la economía como *una ciencia moral*, es decir, una ciencia que, políticamente orientada e imbuida de un compromiso de solidaridad y justicia, debe esforzarse por aportar respuestas eficaces ante esas justas demandas por una vida que merezca vivirse. Tal es un criterio ético, de respeto a la vida concreta de las personas, que invalida las diversas propuestas –tanto de izquierda como de derecha- que promueven el sacrificio de la vida en el hoy y el ahora, con la promesa de una “sociedad perfecta” en el futuro...un futuro que, de tan indefinido, resulta asimismo inasible. A la vez, esto plantea una advertencia necesaria ante la propuesta analítica del larguísimo plazo pikettiano. Vale decir: el largo –o larguísimo- plazo aporta una perspectiva para la indagación teórica e histórica que resulta rica y provechosa en muchos sentidos, especialmente para la comprensión de los grandes movimientos de las sociedades humanas. Pero nunca debería dar motivo ni pretexto para olvidarse – como lo hicieron los proyectos del socialismo real o lo hace el neoliberalismo- de la realidad cotidiana de la gente y de su derecho a una vida digna y decente.

Problemas y limitaciones en el planteamiento de Piketty

El trabajo de Piketty adolece, en efecto, de algunas fallas, que conviene considerar y analizar.

Concepciones sobre trabajo y capital

El concepto de capital es obviamente central en este libro; ya desde su propio título se desprende que así ha de ser. Y, sin embargo, es un concepto que Piketty coloca y maneja en un plano más bien intuitivo, con escasa –prácticamente nula- hondura y rigor teóricos. Es como si Piketty optase por un atajo: elude cualquier discusión teórica de fondo, al punto que incurre en algo que no se sabe si es un gazapo en toda la regla, una distracción realmente inexplicable o una simple tergiversación, dada su desatinada referencia (Pp. 253-256) a la célebre controversia “Cambridge versus Cambridge”. Según Piketty la controversia versaba sobre si existía o no inestabilidad en el sendero de crecimiento de largo plazo, según ello se reflejaría en los modelos formulados por Domar y luego por Solow. Esto es simplemente falso; la controversia –que desde su lado crítico fue liderada por el Cambridge británico con Joan

1. Generalmente se reconoce el artículo de la profesora Robinson (Robinson 1953) como el detonante que puso en marcha el debate.

Robinson, Piero Sraffa y Luigi Passinetti a la cabeza-¹ versaba sobre el significado del concepto de capital, y dejó en claro que la teoría económica neoclásica manejaba un concepto de capital inconsistente en lo teórico e irrelevante frente a la realidad económica concreta. Cuatro aspectos destacados de esa controversia son los siguientes:

- Para medir el capital es necesario conocer su precio, es decir, la tasa de interés, la cual, de acuerdo con la propia teoría neoclásica, se determina con base en la productividad marginal...*del propio capital*. El razonamiento se vuelve entonces circular y tautológico.
- El qué es y cómo se mide el capital, viene a ser una especie de acertijo para la teoría económica neoclásica, pero con reminiscencias que llevan hasta economistas contra-ricardianos de los decenios de los veinte y treinta del siglo XIX, en particular Nassau Senior. Esos autores sentaron las bases para el desarrollo posterior de la teoría económica generalmente designada como neoclásica, fundada por Jevons, Menger y antes que estos Gossen, la cual compartía, ya desde su nacimiento, ese mismo problema: en sus elaboraciones teóricas el concepto de capital constituye una especie de balbuceo nunca claramente inteligible. Ya fuese la idea de capital como “espera” o “abstención” –que se remonta a Senior- o, con Bhöm-Baerk como tiempo de producción y como producción indirecta, y, por lo tanto, como instrumento –nunca claramente definido, siempre nebuloso y hasta metafísico- que permitía elevar la productividad. O bien, tal cual acontece con los austriacos, la mera enumeración descriptiva de los diversos tipos de activos identificados como capital, lo que haría imposible ninguna teoría de la determinación del precio de este “factor” y, por lo tanto, convertiría la teoría neoclásica de la distribución en una imposibilidad teórica. Hasta culminar con el desatinado intento de Samuelson imaginando el capital como una especie de arcilla, un tipo de material maleable de indefinible textura e improbable entidad física. En todo caso, más pareciera que Piketty opta por el mismo atajo que intentó Solow: eludir la discusión de fondo y hablar de capital con total despreocupación del significado y fundamentación teórica del concepto. Lo cual también recuerda el planteamiento de la escuela austriaca, cuando opta por la simple enumeración descriptiva.
- En la práctica, y según demanda el sentido común dominante que, en su versión más vulgarizada, se les impone a los estudiantes de economía ya desde sus cursos introductorios, el capital viene a ser cualquier cosa: maquinarias, herramientas, equipos, vehículos...lo que sea.² Con lo que teóricamente viene siendo nada, o por lo menos nada susceptible de ser reflexionado teóricamente.
- Esto cuestiona tanto la noción neoclásica de función de producción, usualmente construida a partir de la ficción teórica de dos “factores de la producción” (trabajo y *capital*), cuando también la pro-

2. Como ironizaba Joan Robinson (1953) con su característica agudeza en relación con la educación que se imparte en los cursos introductorios de economía: “Before ever he [the student lpsv] does ask, he has become a professor, and so sloppy habits of thought are handed on from one generation to the next”.

puesta según la cual el “precio o retribución de los factores” se determina por su productividad marginal. Una parte fundamental del edificio teórico neoclásico queda así gravemente falseado. Su teoría de la distribución se cae aparatosamente, pero con ella entra en cuestión también uno de los aspectos centrales de su teoría de los precios, puesto que uno de los componentes necesarios de esta última (Dobb, 1985) atiende a la determinación del pago de los factores con arreglo a su productividad marginal. Este último es el *a priori*, generalmente no explicitado, que define la distribución, por tanto el ingreso de cada consumidor y, en consecuencia, su función de demanda.

El Cambridge estadounidense –de filiación neoclásica y liderado por los mencionados Samuelson y Solow- se quedó sin ninguna respuesta satisfactoria. Sus diversos intentos fueron sucesivamente derrotados, incluida la propuesta de Samuelson (1962) para la construcción de una “función de producción su-brogada” y sus “parábolas neoclásicas”, de las cuales Sraffa dio cuenta en forma devastadora en su clásico libro *Producción de mercancías por medio de mercancías* (Sraffa, 1960; véase también Roncaglia, 2000; Fiorito s.f. y Mora Plaza, 2011).

La cosificación de las relaciones sociales

Piketty, como he comentado, hace como si este debate jamás se hubiese dado, y de hecho confunde los términos bajo los que se dio, atribuyéndole contenidos que jamás tuvo. Y, sin embargo, hay razones para creer que, en parte al menos, da por válida la noción neoclásica de capital, al menos en cuanto opta por una conceptualización estrictamente descriptiva. Así, nuestro autor parece privilegiar una salida alterna, al modo de un atajo: trabaja el concepto de capital procurando borrar del mapa toda discusión teórica sobre ese particular. No le parece necesario precisar qué entiende por capital y, de hecho, no lo hace del todo. Al final está claro que para Piketty capital parece ser todo aquello que el sentido común de los economistas neoclásicos acostumbra reconocer como tal, o sea activos de cualquier tipo, sean estos de vocación realmente productiva o no³. Por ello mismo, en el contexto de su trabajo las rentas y los beneficios o ganancias empresariales aparecen indife-renciados e igualmente identificados como “rendimientos del capital”.

Pero también podría interpretarse que en Piketty capital es sinónimo de propiedad: tiene capital quien posee una propiedad, la cual concede el poder para ser receptor de un rendimiento. Sin mayor dilación ni matiz, capitalista y propietario son aquí términos sinónimos: lo mismo da si se posee bonos del gobierno; acciones de una empresa; edificios de apartamentos o de oficinas o grandes extensiones de tierras incultas. Y, sin embargo, sigue siendo cierto que todo capitalista es propietario, pero no todo propietario es necesariamente capitalista. Esto ya aparecía bastante claro entre los fisiócratas franceses

3. Un detalle ilustrativo: en su crítica a Marx, Schumpeter –que nace como economista bajo el paraguas de la escuela austriaca- reiteradamente recurre a ese concepto de capital como simple enumeración de activos e instrumentos o herramientas (véase Schumpeter, 1983).

del siglo XVIII, y más aún en los economistas clásicos Smith y Ricardo quienes, en su propósito por entender la emergente sociedad capitalista, asimismo procuraron diferenciar teórica y conceptualmente la figura y el rol socioeconómico del burgués, por oposición al propietario rentista tradicional. Piketty, en una perspectiva que lo aproxima al universo teórico neoclásico, elude estos matices teóricos y opta por una visión que, aunque politizada en mucho de sus aspectos, preserva lo que es esencial al neoclasicismo: su negativa a reconocer la organización en clases sociales que caracteriza al capitalismo, lo cual no quiere decir que esa organización clasista se resuelva en un binarismo simplista burguesía-proletariado, cuando seguramente la estructura de clases del capitalismo contemporáneo es mucho más compleja que eso.

Una derivación interesante de este análisis de Piketty, y conforme a los términos que utiliza, es el tratamiento que él desarrolla en relación con el hecho de que las empresas –en particular las grandes empresas– en general no están bajo la dirección de sus propietarios capitalistas. Más bien quedan en manos de gerentes o gestores que, en su condición de tales, actúan, de acuerdo con Piketty, como trabajadores –si bien trabajadores sobrepagados– no como capitalistas. Y si bien esta idea no es novedosa –ya de ello nos hablaba John Kenneth Galbraith hace muchos años, desde su concepto de tecnoestructura (Galbraith, 1980)– sí hay una implicación que no es posible pasar inadvertida, cuando Piketty asimila esos “súper ejecutivos” con cualesquiera otros trabajadores o trabajadoras. Ello ratifica, nuevamente, su proximidad al enfoque neoclásico, en cuanto esto claramente nos sugiere ligereza en la forma como se conceptúan las clases sociales. El caso es que el concepto de clases sociales aparece en el libro de Piketty, aun cuando prácticamente no se le menciona y, en particular, sin ninguna problematización teórica respecto de su significado. Es un concepto que circula a lo largo del trabajo, pero siempre subterráneo e invisible. Eso, como se sabe, es usual en el enfoque neoclásico, el cual, en su tendencia a cosificar las relaciones sociales, habla del trabajo y del capital exclusivamente en cuanto que factores de producción por lo tanto como cosificaciones carentes de contenido sociohistórico. En correspondencia con lo anterior, hay en Piketty, como ya indiqué, una identificación entre propiedad y capital, y, correspondientemente, una tendencia a considerar como trabajo todo aquello que los seres humanos ejecutan haciendo uso de su capacidad muscular e inteligencia. De tal modo los “súper-ejecutivos” aparecen insertos como parte de una misma categoría –el trabajo– igual que trabajador o trabajadora sin calificación que desempeñan funciones muy simples ubicadas en el fondo de todas las jerarquías sociales. Para hacer tal cosa, Piketty ha debido desechar la teoría del capital humano, lo cual hace de forma explícita. Y, sin embargo, incurre en un error similar al que es propio de esta última: cuando asimila lo disímil para considerar que realidades cualitativamente diferentes puedan ser consideradas “trabajo” en pie de igualdad, aplica un procedimiento similar –e igual de forzado– que el que es propio de la mencionada teoría cuando esta supone que el trabajador y trabajadora pueden incorporar en su corporeidad un capital que debería ser gestionado como lo hace cualquier capitalista con el capital de su empresa (véase Biagi-

ni y Fernández Peychaux, 2015). Hay aquí, pues, una fijación en los objetos y una difuminación de las relaciones sociales, particularmente respecto del carácter asimétrico de éstas y, por lo tanto, en vinculación con las complejas relaciones de dominación-subordinación que caracterizan la organización económica capitalista, jerarquizanda en múltiples estratos.

El manejo que él realiza de esos conceptos de capital y trabajo, seguramente advierte acerca de la importancia de recuperar la noción de capital como relación social y, en particular, como una que implica asimetría y dominio, lo cual conlleva, necesariamente, un retorno a algunos de las elaboraciones de Marx sobre el capital. Y, sin embargo, y a diferencia del común de los economistas neoclásicos, Piketty sí reconoce –no obstante estas imprecisiones teóricas y conceptuales- que el conflicto está presente en los procesos distributivos entre las diversas clases y estamentos que conforman las sociedades capitalistas, y que, por lo tanto, la remuneración de los llamados factores de la producción no es un asunto técnico determinado por productividades marginales que son, a su vez, resultado de determinados coeficientes tecnológicos, sino que, antes bien, sobre todo está determinado por esa tensión social y política.

Otra implicación importante sobre la que ya advertí: renta y ganancia capitalista se vuelven en Piketty categorías indiferenciadas; obtener ganancias como propietario de una empresa que produce determinado bien o servicio y que compite en un determinado mercado, recibe similar tratamiento que obtener una renta a partir de un bono gubernamental o del alquiler de una casa. Es cierto que esto no afecta los resultados fundamentales que derivan de la investigación de Piketty, conforme a los objetivos analíticos que él parece haber privilegiado. Y, sin embargo, el homogenizar de tal forma categorías que ya aparecían bien deslindadas en el propio Adam Smith, y más claramente en David Ricardo, imposibilita profundizar –como luego lo indicaré- en la caracterización de algunos rasgos, acaso de importancia central, que caracterizan al capitalismo actual.

Los mecanismos económicos de la desigualdad y la importancia de la política

El concepto de capital en Piketty resulta entonces insatisfactorio, excepto, quizá, para los efectos prácticos que este autor persigue. De lo que se trata es de mostrar cómo ese capital –es decir, esos activos que implican propiedad y generan rendimiento- van acumulándose a la vez que su propiedad va concentrándose de modo que el flujo incrementado de los rendimientos va quedando cada vez en menos manos. Piketty trata de sustanciar su tesis a partir de algunas reglas básicas, en particular la siguiente: la que postula que existe una determinada relación entre el crecimiento de la economía, la tasa de ahorro y la magnitud del capital acumulado (medido por la relación entre el valor de mercado de todos los activos acumulados -de cualquier tipo que fueren- respecto del valor de la producción o ingreso nacional), algo que se-

guramente lo emparenta con los modelos teóricos de crecimiento equilibrado, en la versión de Kaldor y otros autores neoclásicos. Piketty aduce que los datos históricos ratifican que el rendimiento anual del capital tiende a situarse en los alrededores del 4-5%, cuando las tasas de crecimiento de la economía escasamente han excedido a lo largo de decenios y siglos del 1% -tan solo escalaron algo por encima del 3% durante la época dorada del período posterior a la Segunda Guerra Mundial- todo lo cual determina condiciones estructurales de muy largo plazo propicias a una profundización tendencial en el proceso de concentración del capital o patrimonio y, en consecuencia, de ahondamiento de las desigualdades.

Hay aquí una sugerencia interesante: la de que el sistema –y en particular el capitalismo- se mueve en el muy largo plazo hacia una concentración y desigualdad crecientes, excepto que por vías políticas se frene ese proceso y se reviertan las tendencias concentradoras, o bien que ocurran acontecimientos traumáticos –del tipo de los acaecidos con las dos guerras mundiales del Siglo XX y la Gran Depresión de los treinta- que permitan destruir una parte significativa del capital acumulado (patrimonio y activos acumulados) y, por lo tanto, corten, al menos por algún tiempo, el circuito automático de la concentración de la riqueza.

Con un aditamento igualmente interesante: el de que –según el propio Piketty y con arreglo a sus categorías- las desigualdades tienden a ser más abismales al interior de los poseedores de capital (según él los categoriza y conceptúa), que al interior de quienes obtienen ingresos a partir del trabajo (según, asimismo, la conceptualización poco afortunada que él hace de esta categoría). Vale decir: incluso la brecha enorme entre las retribuciones a los “súper-ejecutivos” y los trabajadores manuales menos calificados, son menos pronunciadas que las existentes entre los individuos y las familias situadas en la cúspide más elevada y exclusiva de la riqueza, y el resto de los propietarios. Las diferencias se detectan –y así lo demuestra Piketty- incluso en el estamento más alto, ya que el 1 por mil de los más ricos, es mucho más rico que el 1% más rico e incomparablemente más rico que el 5% más rico.

Todo esto tiene una implicación teórica central, que para Piketty pasa inadvertida o por lo menos no mencionada, en relación con lo siguiente: si históricamente se demuestra que el rendimiento del capital (o, más precisamente, el rendimiento derivado de la propiedad de diversas formas de activos) se sitúa en los alrededores del 4-5% anual, y que eso es así incluso cuando el crecimiento de las economías se sostiene a lo largo del tiempo tres o cuatro puntos por debajo de ese nivel, cabe entonces preguntarse ¿cuáles son los mecanismos profundos, las fuerzas fundamentales subyacentes, que explican esto que, a primera vista, podría considerarse un oxímoron o, en todo caso, una situación que pareciera ser objetivamente insostenible? Un rendimiento del capital que, a lo largo de períodos muy largos, se sostiene por encima del crecimiento de la economía, conduciría inevitablemente a una concentración de la riqueza en manos de los propietarios –incluidos los capitalistas propiamente dichos- y en contra de las clases trabajadoras, pero puesto

que esa concentración es mucho más aguda en la cúspide más elevada formada por una minúscula proporción de los propietarios mega-ricos, ello también entraña un relegamiento progresivo de los propietarios que conforman parte importante de las capas medias de la sociedad. Esto coincide –en forma indirecta pero muy clara- con las tesis marxistas sobre depauperización de la clase proletaria. Con la ventaja que proporciona la perspectiva de un siglo y medio de desarrollo capitalista desde que esa hipótesis fuera formulada, ésta parece resurgir, de forma no intencional, pero como una depauperización relativa –no absoluta como erróneamente lo anticipó Marx- asociada al ahondamiento abismal de las diferencias, incluso en contra de los capitales pequeños y medianos y los grupos medios de la sociedad, y no solo de las clases trabajadoras que viven de un salario. Ello asimismo plantea algunas sugerencias interesantes en el sentido de que la concentración patrimonial que hace que algunos individuos, familias y estratos sociales se vuelvan inmensamente ricos, es un movimiento paralelo, aunque generalmente invisible, que acompaña el proceso de oligopolización creciente de los mercados en manos de corporaciones de alcance planetario. El dominio que estos gigantes logran sobre mercados, economías nacionales y gobiernos tiene seguramente vínculos importantes, aunque difusos, complejos y subterráneos con esos otros procesos de enriquecimiento excesivo de una cúpula de individuos y familias, insignificante en su tamaño absoluto pero de inmenso poder económico.

Vuelvo sobre esa interpelación teórica fundamental antes formulada: ¿cuáles son las fuerzas subyacentes que propician que los rendimientos asociados a la propiedad de diferentes formas de activos se sostengan muy por encima del crecimiento mismo de la economía? No tengo una respuesta, puesto que evidentemente se trata de una pregunta que tiene implicaciones extremadamente complejas. Y, sin embargo, creo que también aquí Piketty resucita y actualiza sin proponérselo –aunque en una versión complejizada- a Marx como también a los economistas clásicos que le antecedieron –en especial Ricardo- ya que la respuesta seguramente habrá que buscarla, más que en fuerzas económicas “puras”, en los arreglos institucionales, históricamente gestados a partir de la interacción –conflictiva, negociadora o colaborativa- entre las clases sociales. Dicho de otra forma: los mecanismos económicos que ponen en marcha una especie de dinámica autónoma y automática desde la cual emerge una especie de “tasa de rendimiento garantizada” de los patrimonios, seguramente operan sobre el telón de fondo de una institucionalidad que propicia que esos mecanismos efectivamente funcionen de esa forma y con esos resultados. Esto nos reconduce de la economía hacia la política y hacia la dinámica social y cultural. O bien, dicho de otra forma, este acaso sea un rasgo asociado a la estructura de clases de nuestras sociedades, y, de hecho, ello mismo se desprende de los datos históricos que Piketty aporta. De ser esto correcto, ello advertiría que –excluyendo la posibilidad de grandes catástrofes económicas o militares que impliquen una masiva destrucción de patrimonios y activos acumulados- solo por medio del mecanismo político –a través de instituciones, normativas y, en general, decisiones y ac-

ciones políticas ojalá democráticamente acordadas- es posible romper ese círculo auto-reforzado de la concentración y del ahondamiento de las diferencias. Eventualmente esa podría también ser la manera a través de la cual sea factible diseñar y poner en funcionamiento nuevos mecanismos económicos, más que simplemente políticos, que propicien una mayor equidad distributiva.

¿El crecimiento económico como antídoto para la desigualdad?

Por otra parte, según Piketty –y los datos que aporta parecen respaldarlo- el crecimiento económico viene a ser una especie de antídoto contra la desigualdad, o, al menos, contra las formas extremas de desigualdad. Ese es un resultado que deriva de la mecánica misma del sistema, que este autor identifica sin problematizarla ni explicarla, y con arreglo a la cual se plantea una determinada relación entre crecimiento económico, tasa de ahorro y magnitud relativa entre el capital acumulado (patrimonio o activos valuados a precios de mercado) y el ingreso o producto nacional. Y, de hecho, pareciera que el único período conocido donde el crecimiento fue suficientemente elevado como para compensar el rendimiento del capital y provocar una atenuación de la desigualdad, habría sido la etapa dorada posterior a la Segunda Guerra Mundial. Queda sin embargo una duda razonable en relación con los factores que explicarían ese elevado crecimiento del período de posguerra. En particular, cabe preguntarse si Piketty no estará mirando ahí una correlación espuria o, en todo caso, una correlación que induce a error. Ello por cuanto él, como ya vimos, omite cualquier discusión teórica que clarifique por qué el rendimiento del capital resulta tan elevado, tanto absolutamente como por comparación con el crecimiento de las economías, cuando por otra parte, su explicación del alto crecimiento en el período de la segunda posguerra mundial es principalmente atribuido, de nuevo, a fuerzas económicas que actúan mecánicamente –sobre todo a partir del proceso de reconstitución de los patrimonios tras la masiva destrucción que éstos habrían tenido a raíz de las guerras mundiales y el derrumbe económico de los treinta - sin apenas consideración de fuerzas sociales y factores políticos que, de una u otra forma, pudieron haber propiciado ese crecimiento así como la mayor equidad lograda.

Ese período está caracterizado por una suerte de pacto capital-trabajo (Amín, 1999) que propició tanto la emergencia y consolidación de los Estados de Bienestar –sobre todo en Europa- como la imposición de una tributación progresiva de alcances muy considerables, incluso en Estados Unidos, y en algunos casos (como lo muestra Piketty) más en este país que en otros. Es además un período donde el sistema financiero internacional fue estructurado con arreglo a una nueva arquitectura y un nuevo sistema monetario, todo ello reflejando en parte las ideas propuestas por Keynes. Hay en todo esto aspectos que se sitúan en el ámbito de lo económico pero sobre todo son cuestiones que atienden a procesos sociales y políticos. Todo lo cual, en medio de su innegable complejidad, en parte considerable está teñido por proce-

tos interclasistas de conflicto y negociación. Se da así lugar a arreglos institucionales y, respectivamente, balances sociopolíticos que lograron estabilizarse de forma relativamente exitosa y lograron sobrevivir durante varios decenios, hasta dar sus primeras manifestaciones claras de descomposición hacia mediados de los años setenta del siglo XX.

Desde el tipo de correlaciones mecánicas que establece Piketty, nada de esto es importante o, en el mejor de los casos, tiene tan solo una importancia muy secundaria. De hecho, como ya indiqué, el alto crecimiento del período de la segunda posguerra mundial, es atribuido por este autor principalmente a los procesos de reconstitución de los capitales –los activos y patrimonios- a raíz de las devastaciones dejadas por las guerras mundiales, en especial la segunda, y la depresión de los treinta. Y, sin embargo, es por lo menos razonable considerar que buena parte del crecimiento alcanzado y una parte nada despreciable de la disminución en las desigualdades fue producto de tales procesos políticos y sociales, en cuanto estos gestaron condiciones de estabilidad y certidumbre, y potenciaron la expansión de los mercados, de una forma que resulta históricamente peculiar, posiblemente única. Ello podría sintetizarse en una pregunta ¿acaso los procesos de reconstrucción de las economías y de reconstitución patrimonial habrían sido igualmente exitosos en ausencia de ese marco institucional y ese conjunto de políticas, tanto nacionales como internacionales, que de tal modo lograron crear condiciones de estabilidad propicias? Es difícil descartar que esto no haya tenido una influencia significativa en el desempeño del capitalismo mundial durante ese período, en cuyo caso las correlaciones que Piketty observa resultarían cuestionables en grado suficiente como para exigir una buena dosis de cautela.

Por otra parte, el considerar que el crecimiento económico es un mecanismo poderoso, si de prevenir o incluso reducir las desigualdades se trata, tiene una implicación evidentemente problemática, particularmente en esta época de cambio climático y crisis ambiental. Es claro que no es una posibilidad viable ni aconsejable, particularmente en lo que atañe a los países ricos. Pero incluso en el caso de los países pobres, aun reconociendo que necesitarán crecer para mejorar los niveles de vida y resolver problemas acuciantes en ámbitos esenciales como la salud, la educación, la nutrición, la vivienda y el agua potable, en todo caso es necesario entender que su crecimiento no podría replicar los modelos del norte rico, puesto que ello es ambientalmente inviable⁴. Y, sin embargo, también debe reconocerse que, en general, Piketty no está recomendando que se recurra al crecimiento como antídoto frente a la desigualdad. De hecho, y en lo que al siglo XXI se refiere, este autor suscribe la tesis de que lo esperable es un crecimiento a largo plazo muy anémico y reducido, como consecuencia principalmente de dos factores: la caída de las tasas de natalidad y la ausencia de tecnologías e industrias puntas que posean capacidades dinamizadoras sustanciales. Y aunque le presta muy poca atención, un tercer factor que Piketty admite como potencialmente limitante del crecimiento es la propia crisis ambiental.

4. Crecimiento y consumo son, seguramente, las dos caras de una misma moneda. El consumismo, por su parte, es objeto de una crítica sugerente y lúcida por parte de Bauman (2010; 2014).

Teniendo en mente que, en efecto, el siglo XXI no será de elevado crecimiento económico, Piketty opta por el mecanismo político como antídoto frente al crecimiento de la desigualdad. Y aquí, nuevamente, disiente respecto del *establishment* de los economistas neoclásicos, particularmente aquellos de la versión más ortodoxa y conservadora. O, de otra forma, podríamos decir que esto establece un acercamiento a algunas corrientes o expresiones del nekeynesianismo –en particular las que representan los premios nobel Stiglitz y Krugman- siempre dispuestos a promover mecanismos institucionales y políticos que atenúen las consecuencias negativas derivadas del automatismo de los mercados capitalistas. La propuesta que entonces Piketty nos presenta enfatiza el mecanismo tributario y alienta la coordinación internacional entre los estados como forma de controlar la evasión de impuestos, si bien, como es usual aunque comprensible, su énfasis se centra en Europa. Esa cooperación que se propone, siendo de difícil aplicación, es sin embargo esencial, como paso intermedio en el proceso de constitución de los que Morin (2010) ha llamado una sociedad y una ciudadanía planetarias, asentadas políticamente en una confederación democrática de estados, algo indispensable para rescatar y dar plena vigencia a los derechos de los pueblos, las ciudadanías y de las personas, cuando el capital efectivamente ha tendido a mundializarse. Aparte lo cual, Piketty centra su atención en tres tipos de impuestos: sobre las herencias y donaciones; sobre los ingresos y sobre el patrimonio. Idealmente esto debería ser fruto de la concertación entre los diversos gobiernos hasta llegar a ser, potencialmente, de aplicación mundial. El tributo sobre los ingresos, siendo progresivo, se propone que llegue a tener carácter confiscatorio en sus niveles más elevados, intentando así desincentivar los comportamientos predatorios e irresponsables de los “súper-ejecutivos”. El impuesto sobre patrimonios operaría a partir de tasas mucho más reducidas (1-2% según la cuantía de los patrimonios) y, según Piketty (acaso con un exceso de optimismo) constituiría un mecanismo regulador esencial, particularmente en esta época de efectiva globalización de los capitales financieros.

Estas propuestas han sido descalificadas como “utópicas” y quienes así lo indican son, en general, analistas de izquierdas (entre ellos Varoufakis, actual ministro de finanzas del gobierno de Syriza en Grecia). Aunque, por otra parte, para los sectores conservadores de filiación ideológica neoliberal, todo eso resulta más bien una amenaza terrible, una especie de puñal lanzado contra el corazón mismo del capitalismo. Por supuesto, es por lo menos paradójico que algunas izquierdas quieran aquí aplicar el apelativo “utópico”, ya que ello necesariamente entraña una toma de posición más bien conformista. En cambio no tiene nada de extraño la respuesta visceral que esto provoca en los sectores conservadores y plutocráticos.

De mi parte, reconozco aquí algo como una especie de hoja de ruta que apunta en la dirección correcta: hacia la concertación de políticas –en este caso en materia tributaria- y, por lo tanto, hacia la concertación entre estados y gobiernos, con fines de cooperación en materia tributaria, intercambio de información y, eventualmente, el establecimiento de un sistema impositivo

unificado. Y, sin embargo, es cierto que Piketty no toma en cuenta otras posibilidades, necesarias y potencialmente muy eficaces, si de promover una mayor equidad se trata. El fortalecimiento de los sindicatos y su coordinación y cooperación a nivel internacional es una de ellas, y de una importancia seguramente clave. La elevación de los salarios mínimos y, eventualmente, la implementación de las propuestas para una renta básica universal, son algunas otras posibilidades a considerar. Por otra parte, hay que reconocer que la dificultad de Piketty para dar espacios a ese otro tipo de alternativas, y, en particular, para pensar la participación y movilización ciudadana como instrumento político que provoque cambios en el orden institucional que hoy propicia la desigualdad, ratifica que hay aspectos en los cuales el autor francés no logra liberarse completamente de las anteojeras que imponen la cosificación característica de la teoría económica neoclásica. Por ello, sus propuestas tributarias –en principio correctas y bien orientadas– arriesgan degradarse en un ejercicio tecnocrático sin mayores consecuencias, en el tanto no se reconozca la importancia de la movilización ciudadana como requisito que les dé viabilidad política.

Dos últimos aspectos, que sugieren posibles vertientes de discusión teórica pero con interesantes consecuencias políticas, son los siguientes: primero, las implicaciones del larguísimo plazo pikettiano en relación con las usuales caracterizaciones teóricas neoclásicas que postulan equilibrios armoniosos a largo plazo; segundo, la naturaleza rentista del capitalismo del siglo XXI. Ninguno de estos aspectos es reconocido por Piketty y, sin embargo, de su libro parecen desprenderse consecuencias interesantes en ambos casos.

El larguísimo plazo pikettiano y los “equilibrios virtuosos” neoclásicos

Esa teoría económica convencional introduce el largo plazo a propósito de diversos asuntos: la teoría de la empresa (lo que remite a los aportes originales de Marshall); la del equilibrio de mercados competitivos, en relación, a su vez, con la teoría de la competencia perfecta (con sus raíces en Walras y sus extremas sofisticaciones matemáticas en Arrow, Debreu y Hahn y la crítica contundente de Ackerman y Nadal, 2013); también en el nivel macroeconómico, particularmente desde las formulaciones de la teoría de las expectativas racionales de Lucas y Sargent. Aun tratándose de problemáticas más o menos disímiles entre sí, en todos los casos las teorías reinciden en una misma conclusión: la capacidad del sistema de mercado para restablecer equilibrios virtuosos a largo plazo, cada vez que ese equilibrio ha sufrido alguna perturbación de corto plazo. En su forma teórica pura, cuando el tiempo adquiere un estatuto estrictamente lógico vacío de cualquier referente histórico, los procesos de ajuste son, en la abstracción matemática, instantáneos, lo cual supone conocimiento perfecto e infinita capacidad de adaptación. En ese contexto, pasado, presente y futuro se vuelven indistinguibles: todo se resuelve en un presente que posee un estatuto contradictorio: es instantáneo pero

es eterno de forma que aprisiona en sí mismo el pasado y el futuro. Esto admite diversas adaptaciones –bien para fines didácticos o para persuasión de oyentes incautos- en cuyo caso el largo plazo viene a ser como al modo de una sucesión fluida y armoniosa de cortos plazos. Si en uno de estos acaeció alguna perturbación –por ejemplo, a raíz de una política fiscal expansiva- en los sucesivos cortos plazos ese trastorno será reabsorbido y neutralizado por el sistema, de forma que, “a largo plazo”, habremos regresado al equilibrio armonioso que los mercados, en su infinita sabiduría, habrán establecido, sin que, al cabo, ocurra nada importante.

En los largos recorridos históricos –de décadas y siglos- que Piketty realiza en su libro, podría quizá observarse una confirmación de esa tesis neoclásica de los equilibrios armoniosos a largo plazo. Al menos ello podría desprenderse de una observación descuidada que se atenga tan solo a la tendencia del sistema, que Piketty evidencia, a crecer en muy largo plazo, sin bien a tasas relativamente modestas del orden del 1-2% promedio anual. Lo cual no resulta demasiado novedoso, si recordamos que en Marx la tendencia a la acumulación incesante de capitales, al parecer vinculada a su vez a la búsqueda incesante de ganancias, aparece como un rasgo consustancial al capitalismo, idea que Schumpeter comparte pero reformula, asociándola más bien a la capacidad del capitalismo para la continua innovación tecnológica, en correspondencia con la bien conocida tesis del empresario schumpeteriano, acaso no tan diferente –como Schumpeter prefería creer- de la tesis de Marx acerca de la compulsión capitalista hacia la inversión. Esos movimientos de largo alcance enmascaran múltiples, y a veces agudas, perturbaciones de corto o mediano plazo e incluso, a veces, de duración relativamente extensa. Podría haber aquí un error derivado de la fijación excesiva en el bosque, con descuido de los árboles, lo que impide constatar que la realidad del capitalismo –quizá su realidad inmanente- es la del desequilibrio e inestabilidad; un continuo ir y venir de empujones, saltos, frenazos y derrumbes. El sistema parece estable cuando se dibujan curvas que cubren decenios y siglos enteros, pero jamás es estable en términos de sus implicaciones para la vida concreta de la gente (de ahí la importancia de *en el largo plazo todos estamos muertos* de Keynes ya que, en el entre tanto, se acumulan sufrimientos y frustraciones en la cotidianidad de la vida de la gente). Dicho de otra forma: la ficción de los promedios estadísticos a lo largo de períodos muy largos, sugiere una estabilidad inexistente. En realidad, el capitalismo solamente existe como perturbación y desequilibrios permanentes, y mucho más si se le deja a su automatismo irrestricto. Podríamos entonces decir que, contrario a las ficciones teóricas neoclásicas que postulan mercados perfectos, el capitalismo sigue existiendo porque los mecanismos políticos –y en particular la democracia- le han proporcionado el oxígeno que necesitaba.

¿Hacia un capitalismo patrimonializado y rentificado?

Por otra parte, del estudio de Piketty podría desprenderse otra conclusión que pareciera pasar inadvertida para el autor francés: el capitalismo, según su análisis, se mueve hacia una modalidad *patrimonialista y rentista*. Es decir, estaríamos en presencia de un capitalismo *patrimonializado y rentificado*, ello en virtud de la acumulación de fortunas colosales, heredadas de generación en generación y las cuales, con el paso del tiempo, tienden a hincharse más y más, de forma mecánica y por efecto acumulativo del rendimiento que automáticamente generan. Lo cual, por otra parte, hace trizas la ilusión –tan cara para la economía– según la cual la mayor virtud del capitalismo es su capacidad para premiar y retribuir el riesgo y la innovación. En cambio, lo que estaría en proceso de consolidación es un sistema que coloca en la cúspide del poder y los privilegios, a una clase ociosa y muy rica, cuyos miembros nacerán siendo dueños de fortunas colosales y vivirán una existencia de disipación y despilfarro sin jamás tener que esforzarse por nada ni aportar nada a la sociedad ni a la humanidad. La dinámica nada brillante que la productividad registra en el nuevo siglo en la generalidad de los países capitalistas ricos, acaso confirme esa realidad subyacente. Y siendo que esto implica poner en ralenti unos de los mecanismos básicos de dinamización del sistema, asimismo es algo que abre serias interrogantes en relación con su viabilidad desde el punto de vista político, puesto que, como debería ser obvio, estos excesos inútiles e injustificables inevitablemente generan furia, frustración y malestar.

La imagen de ese capitalismo rentificado y patrimonializado deriva coherentemente del análisis que desarrolla Piketty y de la abundante evidencia empírica que aporta. Pero el propio Piketty lo deja más como una insinuación, que como un planteamiento explícitamente debatido. Que no desarrolle en profundidad este aspecto tan esencial podría deberse a varias razones, incluso a la necesidad práctica de establecer límites a un trabajo de por sí muy voluminoso. Pero ello también podría ser un reflejo de la confusión que se presenta entre renta y ganancia o beneficio capitalista, ambas comprimidas por Piketty en la imprecisa noción de “rendimiento (o tasa de rendimiento) del capital”. Esos dos tipos de ingresos –que ya Smith y sobre todo Ricardo supieron diferenciar como las remuneraciones de dos clases sociales distintas– reflejan también lógicas económicas subyacentes muy distintas, y este es posiblemente el aspecto más importante de la cuestión, que en Piketty pasa inadvertido. Es el contraste entre la burguesía revolucionaria de que hablaba Marx, y el viejo orden feudal, estático y conservador. O, en el siglo XXI, vendría a ser la notable paradoja de un capitalismo gobernado, desde la cúspide más elevada del poder económico, por una clase ociosa, cada vez más y más rica y poderosa gracias al usufructo de sus rentas.

Cierto, por otra parte, que Piketty aporta datos que muestran que hacia finales del siglo XIX e inicios del XX, se había avanzado hacia extremos comparables de concentración de la riqueza y ahondamiento de las desigualdades, todo lo cual se habría frenado a raíz de los grandes cataclismos de las gue-

rras mundiales y la Gran Depresión, durante el período 1914-1945. Y, sin embargo, algo nuevo hay seguramente en el actual siglo XXI, asociado a la capacidad de los capitales para mundializarse de forma efectiva, y establecer, por medio de corporaciones transnacionales, bancos y fondos especulativos, un control real sobre naciones, países y gobiernos. Lo cual plantea un desafío económico que se desdobra asimismo como una amenaza política cuyas consecuencias no es posible ignorar ni disminuir. Dicho de otra forma: las reformas que esto exige realizar son de un alcance mucho más amplio de lo que podría haberse pensado hace un siglo, en cuyo contexto las ideas del mismo Piketty sobre tributación, aun siendo insuficientes, seguramente apuntan en la dirección correcta.

Acaso esto podría abrirse hacia especulaciones –no carentes de fundamento- en relación con posibles procesos de mutación del propio sistema capitalista, en cuanto la dinámica automática que le caracteriza podría estar conduciendo hacia algo que implica su propia subversión, al tiempo que ella misma genera la obligación de introducir reformas institucionales que, destinadas a frenar ese problemático automatismo, tendrían sin embargo un alcance tal que, eventualmente, podrían implicar avanzar, efectivamente, hacia algo que deja de ser capitalismo y empieza a parecerse a algo diferente. Y, sin embargo, esta es una reflexión que dejo aquí tan solo sugerida.

Una última consideración

El trabajo de Piketty tiene una consecuencia práctica de enorme importancia para el caso de Costa Rica y, de seguro, para muchos otros países, en especial países pobres, en el sentido de que nuestras mediciones de la desigualdad son un monumento a la chapucería. El análisis que Piketty desarrolla, y la evidencia empírica que aporta, claramente sugieren que nuestros estudios sobre desigualdad con seguridad ocultan muchísimo más de lo que revelan. El desafío está planteado: ¿cómo desarrollar metodologías de investigación e instrumentos de recopilación, sistematización y análisis de la información que desnuden las reales dimensiones de las desigualdades que fracturan nuestra sociedad?

Bibliografía

- Ackerman, F. y Nadal, A. (2013). *Ensayos críticos sobre la teoría del equilibrio general*. México: Siglo XXI Editores.
- Amin, S. (1999). *El capitalismo en la era de la globalización*. Barcelona: Paidós.
- Bauman, Z. (2010). *Vida de consumo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Eco-

nómica.

- Bauman, Z. (2014). *¿La riqueza de unos pocos nos beneficia a todos?* Barcelona: Paidós.
- Biagini, H.E. y Fernández Peychaux, D. (2015). *El neoliberalismo y la ética del más fuerte*. Heredia: EUNA.
- Mora Plaza, A. (2011). Viaje al interior de la producción de mercancías por medio de mercancías. *Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*.
- Dobb, M. (1985). *Teorías del valor y de la distribución desde Adam Smith. Ideología y teoría económica*. México: Siglo XXI Editores.
- Fiorito, A. (s.f.). *Piero Sraffa: la implosión de la economía neoclásica*. Ediciones Cooperativas.
- Galbraith, J.K. (1980). *El nuevo estado industrial*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Morin, E. (2010). *¿Hacia el abismo? Globalización en el siglo XXI*. Madrid: Paidós.
- Robinson, J. (1953). The production function and the theory of capital. *Review of economic studies*, 21(2), 81-106.
- Roncaglia, A. (2000). *Piero Sraffa: his life, thought and cultural heritage*. New York: Routledge.
- Samuelson, P.A. (1962). Parable and realism in capital theory: the surrogate production function. *The Review of Economic Studies, Oxford University Press*, 29(3).
- Schumpeter, J.A. (1983). *10 grandes economistas: de Marx a Keynes*. Madrid: Alianza Editorial S.A.
- Sraffa, P. (1960). *Production of commodities by means of commodities. A prelude to a critique of economic theory*. London: Cambridge University Press.